

**Traducción**  
**El gran tipo de la pandemia**  
**Project Syndicate**

4 de enero de 2021  
Harold James<sup>1</sup>

Como ocurre con todas las crisis mundiales, la carrera está en marcha para determinar qué sistemas políticos emergerán más fuertes de la pandemia y cuáles serán desacreditados por su respuesta a ella. Pero si el pasado sirve de guía, es demasiado pronto para hacer tales juicios, porque la prueba real para los sistemas competidores aún está por llegar.

PRINCETON - Los sistemas políticos viven de la competencia. Los gobernantes y aspirantes políticos afirman constantemente que pueden gestionar los problemas mejor que sus rivales. Las guerras de ideas, los proyectos políticos y los sistemas de organización modernos son simplemente versiones actualizadas de formas antiguas de combate.

La crisis financiera de 2008 es un ejemplo reciente de política competitiva en acción. Al principio, los no estadounidenses que se centraron en los orígenes de la crisis (las hipotecas de alto riesgo en Estados Unidos) concluyeron que el capitalismo estadounidense había fracasado y que la planificación china o el corporativismo europeo eran sistemas superiores. Pero luego Europa se vio envuelta en una crisis de deuda, lo que permitió a los estadounidenses jactarse de que su modelo era aún mejor, debido a su sistema de mutualización y apoyo de la deuda, que se había creado en 1790 bajo el entonces secretario del Tesoro, Alexander Hamilton.

No es sorprendente que la pandemia de COVID-19 también haya ofrecido motivos para reclamos contrapuestos de superioridad política. En medio de escenarios que cambian rápidamente, muchos líderes políticos y empresariales se han apresurado una vez más a declarar la victoria de su propio sistema. Deberíamos ser escépticos ante estas afirmaciones. Con la excepción de los países insulares menos poblados y geográficamente distanciados como Nueva Zelanda (25 muertes), Taiwán (7 muertes) o Groenlandia (sin muertes), todavía no ha surgido un modelo obviamente superior.

Sin duda, hasta ahora China ha parecido ser el ganador de la pandemia: su economía siguió creciendo con fuerza en 2020 y fue una de las únicas grandes economías que ha crecido. Después de imponer bloqueos severos para reprimir la propagación del virus, China pudo reiniciar la actividad económica y actuar como un proveedor global líder de productos, incluidos equipos de protección personal (EPP) y productos farmacéuticos, necesarios para hacer frente a la pandemia.

---

<sup>1</sup> Harold James es profesor de Historia y Asuntos Internacionales en la Universidad de Princeton y miembro senior del Center for International Governance Innovation. Especialista en historia económica alemana y en globalización, es coautor de *The Euro and The Battle of Ideas*, y autor de *The Creation and Destruction of Value: The Globalization Cycle*, *Krupp: A History of the Legendary German Firm*, y *Hacer la Unión Monetaria Europea*.

Por el contrario, la Unión Europea y EE. UU exhibieron una profunda disfuncionalidad frente a la pandemia. La administración del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, servirá durante mucho tiempo como una advertencia sobre la incompetencia, la mentira y la corrupción. Trump negó la gravedad de la pandemia con pleno conocimiento de su posible impacto, sobre todo porque veía los bloqueos como una amenaza para la economía y, por lo tanto, para su reelección. Cuando EE. UU actuó para movilizar a los proveedores de equipos críticos, el proceso estuvo impregnado de amiguismo, y muchos contratos se entregaron a personas internas vinculadas a la familia Trump.

Desde entonces, el presidente electo Joe Biden se ha enfrentado a la resistencia de la administración saliente mientras intenta supervisar una transición sin problemas, y las disputas partidistas sobre el gasto de estímulo adicional han continuado, lo que ha provocado la interrupción temporal de los beneficios por desempleo a fines de diciembre. Aunque ahora se están implementando múltiples vacunas aprobadas, distribuir las a medida que estén disponibles será divisivo y controvertido.

En 2020, Estados Unidos se polarizó aún más, no solo por el virus, sino también por los efectos clínicos desiguales del COVID-19 y los confinamientos y otras medidas implementadas para abordarlo. El tema del racismo sistémico y la violencia policial volvió a cobrar importancia después de la muerte de George Floyd en mayo, creando una tormenta perfecta de injusticia social, política y económica. Las personas de color no podían respirar por el efecto del virus en sus pulmones y porque los policías estaban arrodillados sobre sus cuellos.

En sus memorias recientes, el ex presidente Barack Obama escribe casi con desánimo de los Estados Unidos como un supuesto ejemplo de una sociedad multicultural y multiétnica. El resultado de ese experimento, señala, sigue siendo profundamente incierto. El legado divisivo del trumpismo apunta a la necesidad de una nueva fundación de la República Americana.

Estados Unidos ya se ha hecho dos veces: en la Revolución Americana, después de que las trece colonias declararan su independencia de Gran Bretaña en 1776; y luego nuevamente en las décadas de 1860 y 1870, después del período posterior a la Guerra Civil conocido como Reconstrucción (un proceso que tardaría al menos un siglo en concretarse). Cada vez, solo se hizo un acomodo parcial para la afirmación fundamental de la Declaración de Independencia de que todos los hombres son creados iguales.

Para el presidente Abraham Lincoln, esto significaba "gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo", y prometió un "nuevo nacimiento de libertad". Dos años y medio antes, en su primera toma de posesión, había explicado que "en sus manos, mis compatriotas descontentos, y no en las mías, está el tema trascendental de la guerra civil". Es fácil imaginar a Biden ordenando estas mismas frases en apoyo de una tercera fundación cuando comience su presidencia el 20 de enero.

Mientras tanto, la UE está plagada de diferentes preocupaciones y enfrenta riesgos para su integridad que son incluso mayores que en Estados Unidos. Las disputas sobre el acceso a los EPP

y las vacunas seguirán polarizando al bloque a lo largo de las líneas nacionales, y el este y el sur de Europa seguirán siendo testigos de las dramáticas consecuencias de la fuga de cerebros (incluidos los profesionales médicos) que se ha intensificado durante la última década.

Hay señales prometedoras en los acuerdos sobre el próximo presupuesto de siete años, un nuevo fondo de recuperación (denominado Next Generation EU) y un mecanismo de estado de derecho que enfrentó la oposición de Hungría y Polonia. Pero queda por ver si estos avances son suficientes para garantizar la solidaridad europea. La experiencia de los años oscuros posteriores a la crisis del euro dejó en claro que no hay apetito por un régimen centralizado que administre los fondos de acuerdo con condiciones complejas y politizadas. Al igual que Estados Unidos, Europa está en la cúspide de su propio momento de refundación, pero seguirá atormentada por la ansiedad y la incertidumbre.

Aún así, un elemento final podría enfocar las mentes, especialmente en Europa. Es tentador pensar que se puede simplemente emular a Nueva Zelanda, Taiwán o Groenlandia, y parece que el Reino Unido se está embarcando precisamente en un experimento de ese tipo. Pero los líderes británicos persiguen una fantasía, basada en la idea de que, al reclamar la soberanía nacional, el Reino Unido puede controlar su propio destino.

A su debido tiempo, habrá una amplia evidencia con la que comparar el desempeño del Reino Unido con el de otros. Es casi seguro que quienes opten por buscar la cooperación frente a la multiplicación de los problemas de salud, económicos y sociales saldrán mejor. Los problemas del Reino Unido convencerán a otros en todo el mundo de abrazar una mayor solidaridad, sin producir escasez de schadenfreude.